

## LOS SILENCIOS DEL VIAJERO

RICARDO ROBLEDO  
*Universidad de Salamanca*

Un lector poco formado sobre la guerra de la Independencia seguiría igual de ignorante después de la lectura de este libro. Bradford se aleja de la obra de sus compatriotas, como los médicos Milburne o Neale, el capellán Ormsby, o los militares Porter, Blakeney, Gordon y tantos otros que detallaron aspectos de la vida salmantina y no cerraron los ojos cuando se produjo la violenta retirada de Moore. A fines del año 1808, las provincias de Zamora y León sobre todo, y también Galicia, fueron escenario de acciones violentas de intensidad desconocida que no provenían tanto de los ejércitos enfrentados en batalla como del comportamiento de las tropas del país aliado con la población civil.

Pero antes, Salamanca –con escaso entusiasmo patriótico según la percepción de nuestros decepcionados aliados– fue la ciudad que dio cobijo durante más tiempo que ninguna otra al ejército inglés. Después de los graves incidentes en Ciudad Rodrigo que culminaron en el asesinato de un oficial británico<sup>1</sup>, no disponemos de testimonios que apunten a problemas de convivencia como los que se relatan luego. Al contrario; un hombre tan conservador como Zaonero se refirió elogiosamente a los tradicionales enemigos de la fe: “*El mejor ejército que se puede ver, así en ombres como bestuarios, disciplina, sovordinacion y armas*”. Conviene mantener esta apreciación en la que coinciden otros viajeros, como Ormsby<sup>2</sup>, porque a las pocas semanas este ejército mostró la peor imagen de sí mismo.

### SALAMANCA, ¿SIN VIDA SOCIAL NI PATRIOTISMO?

A primeras horas de la tarde del 13 de noviembre de 1808 entraban las primeras tropas inglesas en Salamanca con el General Moore al frente. Durante diez días no dejaron de llegar tropas de infantería, a veces mil soldados diarios y otras tres mil hasta sumar algo menos de 20.000. No faltaban en Salamanca edificios para acogerlos, al menos medio centenar entre conventos masculinos y colegios. El declive institucional que afectaba a conventos y monasterios, y a la propia universidad, había disminuido el número de sus moradores. La guerra por su parte con la huida de frailes o el reclutamiento de los estudiantes amplió los huecos para acomodar a los soldados que vestían las llamativas casacas rojas.

<sup>1</sup> Casi una conmoción se produjo a la llegada del 5º regimiento, teniendo que pedir ayuda, Neale, 1809, pp. 112-113 (Carta de 21 de noviembre). La muerte del británico, que tuvo la mala fortuna de verse implicado en una discusión, en J. PATTERSON, *The Adventures of Captain John Patterson*,... citado en Ch. ESDAILE, *La Guerra de la Independencia. Una nueva historia* Barcelona, Crítica, 2002, p. 181.

<sup>2</sup> Si bien precisa más tarde que en Alaejos forzaron las bodegas y cometieron exceso imperdonables, Ormsby, 1809, p. 76.

Se cumplía entonces el año de la entrada de las tropas francesas que al mando de Junot pasaron en dirección a Portugal, pero los soldados que llegaban a Salamanca por la tarde salían al día siguiente camino del país vecino. Ahora, durante un mes, hubo casi tantos ingleses como salmantinos, sobre todo cuando el día 22 llegaron la artillería y la caballería acompañadas de cerca de 3.000 infantes al mando del general Hope. El salmantino empezaba a estar acostumbrado a este trasiego de tropas que convertía a Salamanca simultáneamente en *ciudad de paso* y *ciudad ocupada*.

Hubo algunas cosas que sorprendieron a diversos testigos, para empezar, la indumentaria de algunos regimientos: “sin calzones y en su lugar una especie de faldettines con muchos pliegues a la parte de atrás”, dijo uno; de “los que no traen calzones y sin las enaguillas” afirmó otro, o con “zaragüelles como nuestros Balencianos”<sup>3</sup>. Como era previsible, las diferencias en las costumbres llamaron la atención tanto o más que los singulares vestidos del soldado de origen escocés o el color rojo de las casacas. Si los crucifijos, vírgenes y santos con sus vestidos y profusión de adornos parecían al inglés tan extravagantes como para considerarlos caricatura y “transgresión flagrante de los mandamientos” (Porter, 1809: 158-159), la misa de los anglicanos que se celebraba en el campo del convento franciscano, a la salida de la puerta de Zamora, resultaba excesivamente trivial o casi irrespetuosa:

*tenían misa los domingos, éstas eran en el Campo [de los Mínimos] sin más aparato que el siguiente: el Capellán tenía una ropa talar, ponían un bonvo en el suelo, encima de él un tanvor, se arrojaba a estos ornamentos el celebrante que leía en dos libros, le respondía un soldado que estaba tres pasos detrás de él; esto duraba tres cuartos de hora, i al cavo de ellos se comía un pedazito de pan i se acabó la misa, que bí en en el Campo de los Mínimos; la tropa asistía a ella formada en quadro, con mochilas, armas i todo puesto, y sólo el cura i el aguedante [ayudante] tenían el sombrero quitado; los entierros benían a ser lo mismo porque no acía más que leerle al cadáver un rato y meterlo en la zanja del campo santo que fue donde los enterraron.*

Es posible que ese capellán –que rezaba en ese improvisado altar, tan diferente al de la liturgia católica, barroca y distante, según dejó recogido Zaonero– fuera precisamente William Bradford, o quizá James W. Ormsby, quien dejó constancia de las dificultades para enterrar en el convento a quienes eran considerados herejes teniendo que hacerlo, si querían estar tranquilos, en una tierra cercada convertida en camposanto fuera de la ciudad. No era algo propio de la beatería sino una convicción extendida que los ingleses no eran cristianos, a diferencia de los irlandeses, y esto repercutía en el trato: de extrema cordialidad con éstos frente a la frialdad y distancia con que eran mirados los ingleses (Ormsby, 1809: 47).

La mirada de este viajero se detuvo en la poca sociabilidad de Salamanca, una ciudad carente de teatros, de lugares de esparcimiento, sin tertulias ni veladas: “*There is no such thing as what we will call society here*”. Quizá sea una expresión certera para describir la carencia de un *espacio público* y en todo caso la demostración de que la dificultosa renovación universitaria salmantina de ilustrados y jansenistas no había salido de la biblioteca o del recinto de las tertulias. Es cierto que se habían dictado disposiciones para limitar en Madrid reuniones de más de seis personas, pero Ormsby atribuía más este fenómeno a causas internas, a un determinado ambiente salmantino en el que las diversiones se percibían como incompatibles con la rigidez de una ciudad universitaria.

Había bailes, es cierto, pero de puertas para adentro; el bolero o el fandango, a los que se refiere Bradford, eran bailados por las jóvenes de la alta sociedad en la casa paterna. En una velada a la que sólo asistieron los padres, tres oficiales y el capellán, la sirvienta de la familia tocó la guitarra y cantó de una forma tan dulce que inquietó al capellán y le dio motivo para elucubrar sobre la honestidad de las salmantinas, el celo justificado de los hombres o la carencia de la adecuada educación.

Porter, el oficial y pintor, ratifica este punto de vista transmitiendo la impresión de una ciudad aburrida (“parecen fríos y sosos como el paisaje”), y la visita a la casa de un Marqués que no nombra, pero que bien pudiera ser el de Cerralbo, le sirvió para calificar la primera experiencia de vida social española como desprovista de las gracias femeninas y del ingenio masculino (Porter, 1809: 151-153).

Otra de las novedades del ejército inglés que llegó a Salamanca residía en las mujeres que acompañaban a los soldados; según la Orden General de 15 de abril de 1807 su número debía limitarse al seis por ciento; para facilitar la marcha, Moore había ordenado dejar el equipaje pesado junto con las mujeres, unas 1.200, muchas de ellas con niños de pecho o que apenas andaban, pero bien por negligencia o mal entendida humanidad la orden se relajó; un diarista anónimo apuntó el 14 de noviembre que los ingleses llegaron “con vastantes equipages y muchas mugeres”; en la retirada de Astorga los franceses encontraron centenares de ellas abandonadas, algunas de las cuales serían sacadas luego a subasta. No cabe interpretar este hecho como la venganza del vencedor con el derrotado; hasta la primera mitad del siglo XIX, e incluso después, la mayoría de regiones de Inglaterra registran casos de venta de esposas; las guerras napoleónicas, con el desplazamiento de miles de soldados, multiplicaron las ocasiones para este mercado<sup>4</sup>.

<sup>3</sup> Según diarios conservados en la Biblioteca General y reproducidos en parte por R. ROBLEDO, “Los franceses en Salamanca según los diarios de la Biblioteca Universitaria (1807-1813)”, *Salamanca. Revista de Estudios*, 40, (1997), pp. 173-211, y ZAONERO, *Libro de noticias de Salamanca*, p. 49.

<sup>4</sup> I. ROBERTSON en *Recuerdos...* p. 322; C. Summerville, *La marcha de la muerte. La retirada de La Coruña de sir John Moore, 1808-1909*, Barcelona, Inédita Editores, 2006, p. 32. J. C. MOORE, *Relato de la Campaña*. Edición y estudio a cargo de A. URGORRI, pp. 343-345; E. P. THOMPSON, “La venta de esposas” en *Costumbres en común*, Barcelona Crítica 1995, pp. 453-519. Para el papel de las mujeres

El mismo día en que entraban los ingleses en Salamanca lo hacían los franceses en Valladolid. La ciudad del Tormes se convirtió en una ciudad de rumores, al socaire de cualquier información de arriero o de bulos interesados; el martes 22 de noviembre, cuando llegaba la artillería al mando de Hope, un desconocido apuntó en su diario: “Se habló de que Castaños también había salido (como dice el vulgo) traidor y a él le echaban la culpa de la entrada de los franceses en Burgos y Valladolid, que había orden de la junta central para prenderle”<sup>5</sup>; el héroe de Bailén se había convertido en “uno de los más perversos hombres (...) que no se ha empleado en otra cosa que en retardar la marcha de la tropa”<sup>6</sup>.

La mezcla de desconfianza, derrotismo y de apatía que se había instalado en Salamanca como en otros lugares está bien reflejada en las dos cartas que escribió A. Neale a fines de noviembre

*Desde mi llegada aquí me he encontrado con tal aparente indiferencia y apatía que comienzo a tener las mayores reservas ante cuál pueda ser el resultado. Hasta el punto de que, a veces, no puedo por menos de preguntarme si de veras estoy en realidad en España. Los individuos que puedo observar envueltos en sus largas capas deambulando por las plazas con adormilada indolencia, son tan distintos de esa raza impulsiva y apasionada que mi imaginación acalorada esperaba (...). Todos nos hemos puesto la escarapela patriótica..., marcada con las iniciales de “Viva Fernando Settimo(...)”. Todos los españoles, hasta el último mulero, la llevan; y esto parece marcar el punto máximo de su patriotismo en Salamanca(...) Por lo demás, uno podría imaginarse que el país se encuentra en un estado de paz absoluta; ningún ajeteo, ninguna energía, nada de ánimo. Todo está “muerto, rancio, vano e inútil” (Neale, 1809: 219-223).*

Las últimas palabras, entrecomilladas por el autor (“death, stale, flat, and unprofitable”) –que remiten, con alguna inexactitud, a un fragmento del drama de Hamlet<sup>7</sup>–, resumen con dureza el estado de ánimo de los habitantes salmantinos tal como lo percibían los ingleses, actitud extensible a otros lugares que recorrió el ejército en las semanas siguientes, según confirman otros viajeros como Porter, Ormsby y el propio general Moore<sup>8</sup>.

Disponemos de un testimonio aún más explícito: alguien que se esconde bajo las iniciales S.J.C. el 6 de diciembre se dirige al Conde de Floridablanca, comunicando que “primeramente esto va muy frío” y a continuación se expulsa acerca del escaso patriotismo, pues habían pasado tres meses desde que se instaló la Junta Central y no se había constituido ningún ejército de infantería ni de caballería:

*Todos los mozos están en sus casas y los caballos con sus dueños. Si algunos había en el ejército, los despachan para sus casas. La gente está sobresaltada y se dicen unos a otros “¿qué es esto? ¿los enemigos en casa y todo tan quieto? ¿Dónde están los ejércitos? ¿tantos soldados tenemos que continuamente están viniendo a 100 y a 200 con licencia? Traición, traición” (...) Los jueces, los magistrados, las Juntas, ninguno de estos cuerpos levanta la voz. Todos estos nos exortan a la paz y esta paz es una cruda guerra (...) Todas las Juntas están tan disminuidas, o por mejor tan poco patriotismo es el que reina en ellas que bastan doscientos franceses a hacerles pensar que no se puede defender una ciudad de ellos, como ha ocurrido en Valladolid, Toro... Los ingleses nuestros aliados están desanimadísimos viendo la inacción y la floxedad de los Magistrados. Les he oído decir que la gente está bien dispuesta, el soldado español fuerte, y animoso; pero las cabezas viciadas: los Generales algunos ignorantes<sup>9</sup>.*

El autor acaba clamando “por la patria, la religión y nuestro legítimo soberano Fernando VII”. La contestación llegó un mes después, desde Sevilla; la Junta Suprema comunicaba a la Junta de Salamanca medidas enérgicas para el alistamiento e instrucción, severos castigos para los que incumplieran las órdenes, requisita escrupulosa de caballos, etc. Cuando esta orden se dictaba desde el Real Alcázar ya estaban los franceses a las puertas de Salamanca.

La cascada de derrotas sufridas por los españoles durante noviembre –Burgos el día 10, Espinosa de los Monteros al día siguiente, Tudela el 23, Somosierra el 30– y el 4 de diciembre en Madrid, tuvieron que influir a la fuerza en la atonía patriótica a medida que volvían los soldados “dispersos, descalzos, con los pies sangrando, enfermos, muertos, moribundos, desarmados: todo era un horror; no se veía otra cosa por los caminos y los pueblos”<sup>10</sup>.

en la guerra debe consultarse I. CASTELLS, E. ESPIGADO, M.<sup>a</sup> C. ROMEO, coords., *Patriotas y heroínas de guerra: mujeres de 1808*. Madrid, Cátedra (en prensa).

<sup>5</sup> Biblioteca Universitaria de Salamanca, Ms. 1.652 en ROBLEDO, “Los franceses en Salamanca”, art. cit. p. 180.

<sup>6</sup> Anónimo enviado a la Junta Central el 29 de noviembre de 1808, citado en Esdaile, p. 546.

<sup>7</sup> Lo que dice Hamlet en la escena 2 del acto I es “How weary, stale, flat, and unprofitable / Seem to me all the uses of this world!” (!Qué fastidiosas, rancias, vanas e inútiles me parecen las prácticas todas de este mundo!). Cito por *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1933, p. 1.046.

<sup>8</sup> MOORE en carta del 19 de noviembre cuenta que el clero –con el doctor Curtis a la cabeza– se esforzaba “e incluso un convento de monjas ha prometido 5.000 libras”, pero el día 27 se refiere a la apatía entre las gentes y a “que los españoles prometen mucho más que lo que dan y no he podido conseguir 5.000 libras aquí”, J. C. MOORE, *Relato...* pp. 117, 134. La queja no era sólo de los salmantinos: una de las cosas más desconcertantes para Neale era que un grupo de diez o doce dragones franceses se paseara cada semana por Toro sin que se les disparara un tiro en una ciudad que tenía por lo menos seis mil habitantes, NEALE, 1809, p. 253.

<sup>9</sup> A.H.N. Estado Leg. 61 L citado en R. ROBLEDO, *Historia de Salamanca. IV. Siglo Diecinueve*, Salamanca, CES, 2001, p. 60.

<sup>10</sup> *Memorias del cura liberal Don Juan Antonio Posse con su discurso sobre la constitución de 1812*, edición a cargo de R. Herr. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1984, p. 117.

## CUANDO LA GUERRA FUE AL CAMPO

Buena parte de las descripciones del viajero Bradford se refieren al mundo campesino, a los cultivos que sobresalían en el paisaje, a las casas rurales (más incómodas las portuguesas que al otro lado de la frontera), a los primitivos carros, a la peculiar indumentaria de paja o a los pastores leoneses, vestidos con pieles de oveja, que también describió Schaumann, a los arrieros y otros oficios relacionados con la agricultura... Bradford se atreve a hacer un juicio comparativo en el que salen malparados los campesinos de Toro (“Estas gentes destacan tanto por su poca higiene personal y vestimentas desaliñadas como las de Salamanca por su pulcritud en ambos aspectos”). Aún fue más duro el médico Neale cuando se refirió a la miseria de los toresanos, a “las personas repugnantemente sucias, las casas sin amueblar, las ventanas sin cristales”, a su paupérrima comida y calefacción (“no conocen el lujo del fuelle”), sin utensilios para cocinar y comiendo con los dedos<sup>11</sup>.

Los retratos de Bradford rinden tributo a la hegemonía de las actividades agrarias en esta parte de la Península, perfecto contraste con el paisaje de su tierra. El condado de West Sussex, no muy lejos al sur de Londres, con un ambiente fuertemente marítimo, un clima privilegiado y una economía diversificada –industria del hierro, importantísimo patrimonio forestal– era en cierto modo la antítesis de la monótona llanura castellana. Además del diferencial en los niveles de vida, Inglaterra y Gales doblaban a España en el porcentaje de población urbana, distancia que se incrementaría si el punto de comparación fuera el de las provincias castellanas que recorrió el ejército británico<sup>12</sup>.

Después de Lisboa y Guarda, los centros urbanos descritos por Bradford son Salamanca, Toro, Benavente, Villafranca... es decir, ciudades muy alejadas de cualquier atisbo de revolución industrial, centros de muy pocos miles de habitantes, sedes episcopales o núcleos de una industria artesanal en un universo rural que era el que mantenía precisamente con sus rentas y diezmos a la Duquesa de Benavente, a los canónigos de Toro o Salamanca o a los catedráticos de esta Universidad. Bradford apuntó en la lámina de Alaejos que los conocimientos agrícolas en Castilla eran escasos y su práctica muy deficiente, lo que no le impedía aseverar que las cosechas de cereales eran prácticamente inagotables. El año del hambre de 1812 desmentiría este diagnóstico como en parte lo había hecho ya la mortalidad catastrófica derivada de la crisis de 1804-1805.

Durante dos semanas las provincias de Zamora y León tuvieron que soportar la presión de dos ejércitos (que llegaron a sumar más de 100.000 efectivos) viviendo sobre el terreno, es decir, hicieron pagar a los campesinos y artesanos buena parte de los costes de la guerra. Es decir, no es que los campesinos fueran a la guerra, sino que, como ha expuesto Fontana, era la guerra la que iba contra ellos, con los ejércitos que saqueaban sus hogares, arruinaban sus cultivos o sacrificaban sus rebaños<sup>13</sup>; en síntesis, esto es lo que sucedió en el mes que trascurrió desde la salida de Salamanca hasta que llegaron a La Coruña el 11 de enero.

La fase más dura y violenta de esta presencia militar se produjo a partir del 24 de diciembre, cuando empezó la retirada británica en dirección a Galicia. Durante unos diez días el trayecto de Sahagún a Villafranca –cerca de 200 kilómetros– fue un reguero de pillajes, extorsiones y embriaguez que tuvo principalmente cinco puntos negros, Valderas, Benavente, Astorga, Bembibre y Villafranca del Bierzo. (MAPAS 2 y 3) Estos puntos eran sólo el epicentro de la violencia que en Valderas podía haber empezado en Villada (Palencia) y extenderse hasta Castrogonzalo, y en Astorga a lo largo de los 36 kilómetros hasta Bembibre. La dureza habitual del invierno se acentuó aquel año potenciando los desastres de la guerra, que se dejaron sentir en una segunda fase, en la retirada de Villafranca el 4 de enero, cuando las fuertes nevadas entorpecieron la huida por el accidentado relieve que separa León de Galicia. Sin duda era otro ejército muy distinto al que había abandonado Salamanca en la segunda semana de diciembre. La copiosa literatura sobre la retirada de Moore obliga a resumir primero los principales acontecimientos ordenándolos en el tiempo y en el espacio para explicar luego comportamientos atribuidos o la “soldadesca ebria” o al maniqueísmo de aldeanos irresponsables que maltrataban a los soldados británicos rezagados y dispersos<sup>14</sup>. Serán principalmente las fuentes de los viajeros ingleses quienes nos guiarán en el relato.

La actuación de las tropas británicas a su paso por Valderas y aldeas próximas (por donde habían pasado hacía pocos días) delató una situación de indisciplina a la que no había sido ajeno el comportamiento de los oficiales, como reflejó la orden general de Moore del día 27 dictada desde Benavente: “una vergüenza para los oficiales porque señala claramente su negligencia y su falta de atención... que causan perjuicios a un país al que han sido enviados a proteger”. El disgusto por la retirada, la crudeza del clima, las violentas exigencias a los moradores de Villa-

<sup>11</sup> Carta de Neale desde Toro el 15 de diciembre, p. 54.

<sup>12</sup> J. De VRIES, *La urbanización de Europa, 1500-1800*, Barcelona, Crítica, 1987, p. 66. Londres alcanzaba en 1800 casi el millón de habitantes, cinco veces más que Madrid.

<sup>13</sup> J. FONTANA, *Historia de España*. Vol. 6. *La época del liberalismo*, Barcelona, Crítica, 2007, p. 53.

<sup>14</sup> Por citar lo imprescindible, D. W. DAVIS, *Sir John Moore's Peninsular Campaign, 1808-109*. The Hague, Martines Nijhoff, 1974 y C. SUMMERVILLE, *La marcha de la muerte*, que han servido de guía para este relato. Amplios resúmenes en Ch. ESDAILE, *La Guerra de la Independencia. Una nueva historia* Barcelona, Crítica, 2002, pp. 186-193 y R. FRASER, *La maldita guerra de España. Historia social de la Guerra de la Independencia, 1808-1814*. Barcelona, Crítica 2006, pp.362-370. Numerosos fragmentos de los relatos de los viajeros en C. SANTACARA, *La Guerra de la Independencia vista por los británicos, 1808-1814*, Madrid, Antonio Machado Libros, 2005 y en *Cronistas y viajeros por el norte de Zamora (siglo IX-mediados del siglo XIX)*, ed. de J. Ignacio MARTÍN BENITO, Centro de Estudios Benaventanos, 2004.

da que no podían o no querían creer –dice Ormsby–, que fuera el ejército británico el que así los despertaba, fueron pagados por los vecinos y sus posesiones. “Malditos ladrones” gritaban los pobres habitantes de esta población palentina en la mañana del día 24: “Triste y extraño epíteto para un ejército británico” (Ormsby, 1809, II: 89, 93). Cuando el capitán Gordon abandonó Valderas en la mañana del 27 de diciembre comprobó la “vergonzosa devastación” cometida por la infantería que le había precedido; tan doloroso era ver localidades en llamas como oír gritar a sus habitantes “*Vivan los franceses*” o comprobar cómo los ingleses rezagados eran desnudados y maltratados por los españoles (Gordon, 2006: 104).

En el camino a Benavente –seis horas de marcha militar desde Valderas según Miñano– los ingleses allanaron varias casas y saquearon dos parroquias de Castrogonzalo<sup>15</sup> y posiblemente igual suerte corrieron aldeas más pequeñas como Valdescuriel o Fuentes de Ropel. No es de extrañar que los de Benavente, sabedores pronto de estos sucesos (Castrogonzalo está a unos 8 kilómetros), mostraran tan poco entusiasmo por la llegada de los ingleses; el castillo (dibujado por Bradford) donde se alojaron varios regimientos se convirtió en el objeto principal de las destrucciones. Según Porter, al saquear e incendiar el castillo de Benavente, lo que de ningún modo justificaba, se estaban vengando de los españoles por su escaso apoyo y por verse obligados a retirarse. Es lo mismo que expresa Schaumann: “resultaba imposible contener a un ejército que tenía la sensación de retirarse de un país que lo odiaba”. Lo que ocurre es que este tipo de acción-reacción convirtió a los ingleses en más enemigos que los propios franceses: “Los ingleses han maltratado y apaleado a todo el mundo (...). No puede haber mejor calmante para España que enviarle un ejército inglés”, dijo Napoleón a su hermano en carta del 31 de diciembre.

La destrucción no se redujo al castillo de la casa de Osuna (“*¡Ay pobre Benavente! ¡Con qué rapidez te robaron toda tu orgullosa posesión! ¡Con qué rapidez se vieron tus reales salones reducidos a la ruina que siempre es la señal de un ejército en retirada!*”, (Porter, 1809: 243) ni a las cubas de vino halladas en las bodegas de la Plaza Mayor de Benavente. En el informe de La Romana, citado más de una vez, se percibe bien el radio de acción de las exigencias sobre las economías rurales para transportar los voluminosos equipajes y los carromatos de las mujeres que habían llamado la atención de los salmantinos

*[iban en su fuga] dejando el camino sembrado de caballos muertos, caxones de fusiles, correajes, municiones y multitud de efectos, saqueando e incendiando los pueblos, violentando mujeres, cometiendo asesinatos y todo género de crímenes (...). Los ingleses se han apoderado a la fuerza de las acémilas destinadas a nuestro ejército, de las mulas de tiro que arrastraban la artillería y municiones, de los bueyes que tiraban los carros de equipajes, han robado todas las mulas de los labradores y vecinos de Benavente y pueblo de Campos, dexando multitud de carros abandonados en los caminos, unos despeñados y otros hechos pedazos, de intento: han matado y consumido sin necesidad los bueyes de los carros, y no han pagado su importe. Nos han asesinado tres alcaldes y otros vecinos; han derramado el vino de las bodegas, sin pagar el que han bebido; no han satisfecho los carros y caballerías que han empleado en transportar sus inmensos equipajes y sus mujeres* <sup>16</sup>.

El 29 de diciembre se había abandonado Benavente en dirección a Astorga; en La Bañeza fueron acogidos con cordialidad según Ormsby o sin molestias reseñables, según Neale, algo que no se repitió en Astorga, donde confluyeron con las tropas de La Romana, cuyos soldados estaban escasamente vestidos, descalzos y atacados de “fiebres pestilentes”. Coincidieron durante dos jornadas produciéndose diversas fricciones en la disputa por los escasos alojamientos. Cuando un buen número de soldados británicos logró dar con las bodegas de vino, no pasó mucho tiempo antes de que se desataran las tropelías propias de la embriaguez. A tal punto llegaron las vejaciones a los habitantes de Astorga, que los españoles miraban casi a nuestros soldados como sus libertadores, decía Thiers, juicio que no parece propaganda interesada a la luz de lo que estamos relatando<sup>17</sup>.

El último día del año, una vez destruidos pertrechos y víveres en Astorga (igual que se había hecho en Benavente con miles de zapatos y otros bienes para que no cayeran en manos francesas), proseguía la retirada en dirección a Villafranca, a 73 kilómetros. La vanguardia de las tropas de Moore, la división de Baird que no hacía mucho había desembarcado en La Coruña, salió el día antes recorriendo lentamente el trayecto para recoger a los rezagados y por la propia inercia que provocaba el dedicarse al saqueo. Por la tarde del día 1 de enero llegó el escuadrón de Gordon a “un gran pueblo maragato” y lo hallaron pasto de las llamas:

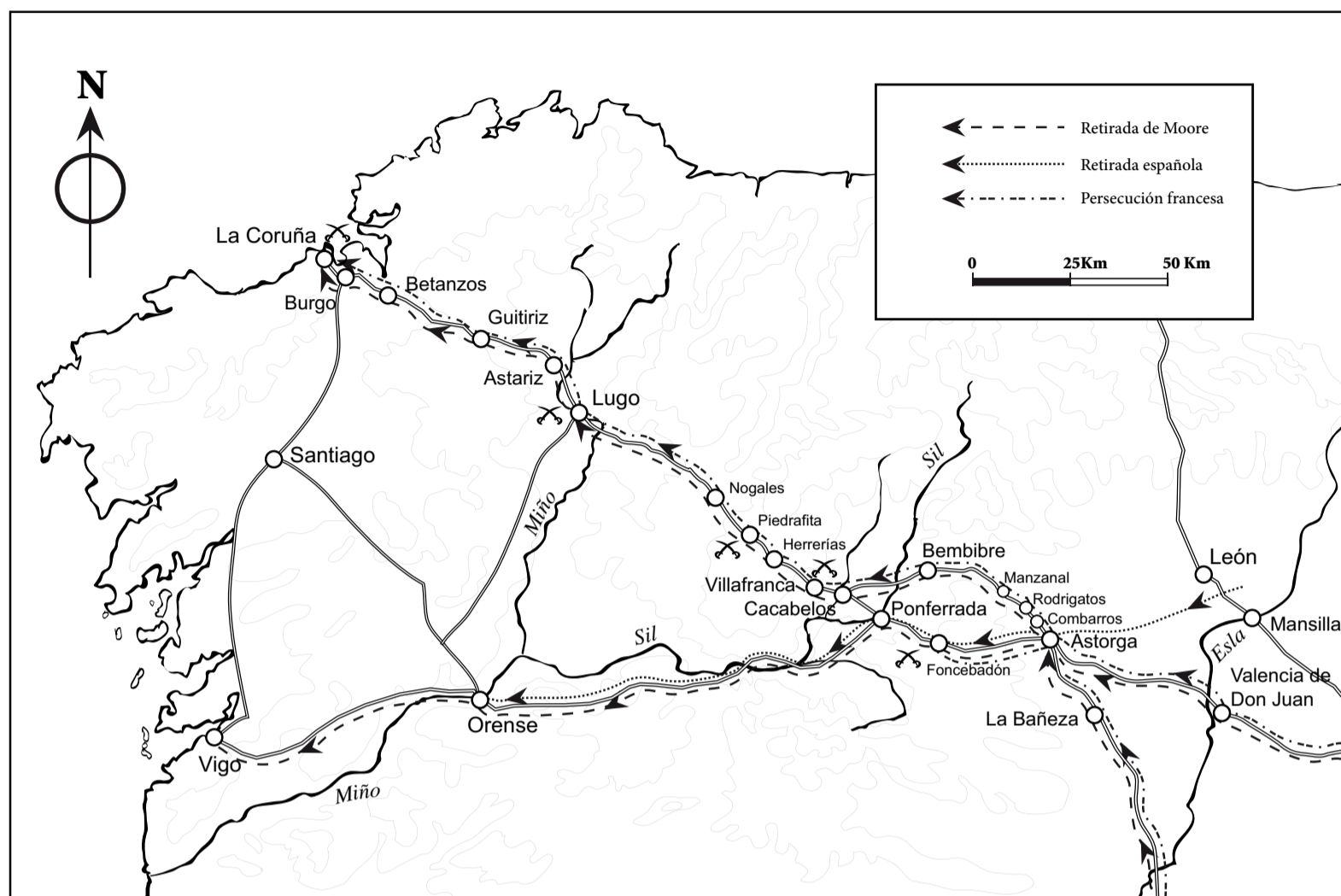
*Sus desgraciados habitantes estaban sentados en medio de los pobres objetos que habían podido salvar de las llamas, contemplando las ruinas de sus casas en un silencio desesperado. Los cuerpos de muchos españoles muertos de hambre, por enfermedad, o por los rigores del clima, yacían desperdigados alrededor, y acentuaban los horrores de la escena. El pueblo había sido incendiado por algunos de nuestra infantería, y apenas pasaba una hora sin que presenciáramos la más*

<sup>15</sup> E. FUENTES, *Revolución y municipio. Tránsito local al liberalismo en Castilla y León. Benavente, 1800-1910*, Ayuntamiento de Benavente, 2005, p. 94.

<sup>16</sup> 18 de enero de 1809, Orense. Recogido por J. GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO, *Guerra de la Independencia. Historia Militar de España*, Madrid, Imp. y Lit. del Depósito de la Guerra, 1881, Vol. IV, pp. 98 y 99.

<sup>17</sup> C. SUMMERVILLE, *La marcha de la muerte...* p. 85, M. A. THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio continuación de la Historia de la Revolución Francesa*, Tomo IV. Barcelona, Montaner y Simón, editores, 1892, p. 286.

*absoluta miseria ocasionada por los excesos de nuestras tropas, algo imposible de prevenir. Los soldados que continuamente se rezagaban en los pueblos cercanos a la carretera, después del pillaje, generalmente prendían fuego a las casas; y si descubrían los lugares donde se escondía el vino, bebían hasta no tenerse en pie, viéndose incapaces para alcanzar las columnas, o perecían entre las llamas que ellos mismos habían provocado (Gordon, 2006: 113-114).*



Mapa 3.

Parece que el pueblo pudo ser Rodrigatos, a unos 15 kilómetros de Astorga, que en tal caso no sería tan grande como creía Gordon (El *Diccionario* de Miñano le asigna 76 habitantes en 1827), pero lo que importa es darse cuenta de un comportamiento que se estaba haciendo habitual. El biógrafo de D. Baird cuenta que los soldados se procuraron unos bueyes que mataron, y como no hallaron combustible “desgraciadamente las miserables chozas de los habitantes sufrieron la consecuencia” (Davis, 1974: 187). Pudo ser Manzanal –cuyo paso dibujó Bradford– donde se repitieron los excesos de modo que lo mejor que podían hacer los campesinos era darse a la fuga. Todos los viajeros se refieren a los “aterrorizados habitantes” que abandonaban aldeas como Combarros, donde Ormsby halló también muertos a causa del frío y del hambre (Ormsby, 1809, II: 102-104).

A última hora de la tarde del día 1, las tropas de reserva de Moore llegaban a Bembibre, población entonces de medio millar de habitantes. Todas las puertas y ventanas estaban rotas y los pestillos forzados. Ríos de vino salían de las casas. Numerosos soldados ingleses yacían esparcidos por las calles como si estuvieran muertos: más de uno creyó ver sangre en el vino que rebosaba por labios y fosas nasales de los que estaban por los suelos; resultaba imposible ponerlos en pie para librarlos de la acometida francesa que se acercaba. Bembibre marcaría quizá la peor imagen de aquella retirada cuando el deshonor del ejército británico llegó más lejos y más difícil era buscar una excusa (Gordon, 1913, 117; Blakeney, 2007: 49-50; Porter, 1809: 255).

Pero aún quedaba Villafranca, a ocho horas de camino militar desde Bembibre, unos 30 kilómetros, donde fueron llegando los hombres de la vanguardia de Moore el 2 de enero. Presionado por los franceses que le pisaban los talones (habían alcanzado ya a los ingleses rezagados, es decir, borrachos, en Bembibre) y ante las dificultades para transportar víveres y pertrechos se procedió de nuevo a su destrucción con el mismo objetivo. Los almacenes que se salvaron de esta orden fueron asaltados extendiéndose la violencia por doquier: “Al final, Villafranca fue literalmente saqueada y la borrachera que se extendió entre las tropas condujo a los más vergonzosos incidentes” confiesa Schaumann. “No me atrevo a hablarte de las horribles cosas que tengo delante mientras miro por la ventana: son suficientes –escribe Porter– para hacerle a uno *meditar hasta la locura*” (Schaumann, 1924: 257; Porter, 1809: 102-104, Davis, 1974: 206-209). Resulta reiterativo pormenorizar más; baste decir que Moore recurrió entonces a contundentes castigos que no se habían aplicado antes, como la ejecución de un soldado.

A partir del 3 y 4 de enero se emprendió de nuevo la retirada en dirección a Lugo, distante unos 100 kilómetros que tuvieron que cubrirse a marchas forzadas en dos días. Las acciones violentas de estos cinco puntos negros iniciados en Villada y Valderas el día de nochebuena se prolongaron en el trayecto a Lugo igual que en el de Lugo a Betanzos; “era más la huida de una indisciplinada chusma que la marcha de tropas regulares” confiesa Gordon. Aterrorizados los campesinos gallegos por la llegada de los franceses se habían refugiado en las montañas.

Sus casas fueron desvalijadas por los ingleses de modo que es creíble el juicio de Gómez Arteché de que el ejército inglés “procuró en Galicia más enemigos a la nación británica que a la Francia misma”<sup>18</sup>. Las órdenes generales de Moore dadas en Lugo el 6 de enero y en Betanzos el día 10 no eluden hablar de “la completa desorganización del ejército”.

Prosiguió así la retirada, que ha sido bautizada como “la marcha de la muerte” que al mismo tiempo podía ser, fugazmente a menudo, la “de la vida”, cuando las mujeres que iban con el ejército daban a luz

*En un recodo más protegido que el resto de la lluvia helada ... vimos el cuerpo de una mujer... Estaba muerta con los dos niños recién nacidos agitándose sobre la nieve(...). Una manta arrojada sobre ella, la ocultó de nuestra vista. Tuvi- mos la satisfacción de ver a los pobres niños dados al cuidado de una mujer que llegó en uno de los carros de buyes<sup>19</sup>.*

## HAMBRE, PESTE, MUERTE: LA ELIPSIS DEL VIAJERO<sup>20</sup>

La retirada de Moore fue inmediatamente objeto de una fuerte polémica en Inglaterra, desde el punto de vista militar y político<sup>21</sup>. En realidad, las discrepancias habían nacido en los mandos del propio ejército dispuestos a enfrentarse a los franceses antes que huir hacia La Coruña. La insubordinación del ejército de Moore, criticada duramente por sus compatriotas, fue exculpada en cierto modo por el comportamiento pasivo o poco patriótico de los que eran sus aliados y a quienes habían venido a ayudar. Esta sensación de abandono se hizo evidente cuando se inició la retirada, aunque ya hemos visto que no escaseaban quejas sobre la apatía patriótica nada más llegar los ingleses a Salamanca. La cuestión, sin embargo, no parece que haya que sustanciarla principalmente en el campo de las querencias patrióticas<sup>22</sup>.

La actitud de los campesinos de Castilla o Galicia que cerraban las puertas de sus casas al sentir el galopar de los caballos ingleses indicaba mucho más una estrategia de supervivencia que la manifestación de disidencias ideológicas, sin despreciar lo que trasluce el epíteto de “malditos heréticos” que se daba a los aliados británicos<sup>23</sup>. Sin duda no puede generalizarse este comportamiento, antes de la retirada, pues ese mismo campesinado gallego que se va a esconder luego en las montañas, en junio ha gritado *Vivan los ingleses* o *Viva Inglaterra y Fernando VII*, y algo parecido puede decirse de los de Toro (Vaughan, 1987: 88, 100; Gordon, 2006: 61).

Quizá convenga recordar el bajo nivel a principios del siglo de la productividad de la agricultura del interior (lo normal eran rendimientos de cuatro semillas por una); el estrecho margen de subsistencia se aliviaba con una actitud industriosa –las labores textiles del lino o lana– que era más hija de la penuria y de la escasez que del decidido ánimo de lucro<sup>24</sup>. Sobre estas economías campesinas debilitadas por las crisis de subsistencias y de la terrible mortalidad de 1803-05 recayeron las exigencias fiscales primero de Godoy y luego del esfuerzo bélico. El ejército inglés presionaba, pues, sobre unas comunidades campesinas que habían sido ya objeto de varias contribuciones y requisas mientras que el ganado se había escondido en las montañas para escapar de la rapacidad francesa; con las actividades agrícolas suspendidas, las reservas para pasar el duro invierno debían ser más bien escasas para la mayoría de los campesinos.

Estaban, además, ante un ejército no sólo en retirada –lo que no favorecía precisamente las adhesiones– sino perseguido a pocas horas de distancia por el todopoderoso Bonaparte. En estas circunstancias, como le dijeron a

<sup>18</sup> GORDON, 2006, pp. 131, 149; GÓMEZ ARTECHE, 1881, p.141.

<sup>19</sup> Porter, carta desde Lugo, enero de 1809, p. 266, que antes alude al caso dramático de un niño. También, Ormsby, II, p.134, 266; y Harris comenta otro parto, en el que la madre era una rolliza irlandesa; varios recuerdos sobre el sufrimiento de mujeres y niños en *Recuerdos* pp. 211, 216, 220. Davis, pp. 210-211.

<sup>20</sup> Con “Hambre, peste, muerte” encabeza Porter su carta XXXI desde La Coruña, p. 274.

<sup>21</sup> La intervención inglesa había sido aprobada en junio de 1808 por el gabinete tory, donde sobresalían Castlereagh en la Secretaría de Guerra y Canning en el Foreign Office. La retirada de Moore sirvió a la oposición *whig* para reafirmarse en su punto de vista de la inutilidad de una guerra porque el gobierno español no disponía de ejército ni de disciplina; por otra parte, las reformas emprendidas por Napoleón podían ser vistas con simpatía frente a lo que significaba la monarquía absoluta de Fernando VII. Un resumen de los debates en la edición de Urgoiri a J. C. MOORE, *Relato de la Campaña...* pp. 38-43, 65-74. Algunos matices a esta correlación de fuerzas pues la estructura de los partidos era más débil y contaba más la opinión pública, en R. MUIR, *Britain and the defeat of Napoleon, 1807-1815*. Yale U. Press, 1996, p. 13. D. YÉPEZ PIEDRA: “La visión de las juntas de la Guerra de la Independencia en las fuentes inglesas, *Hispania Nova*, 4, 2004. También, A. LASPRAS, “La ayuda británica” en A. MOLINER, ed., *La Guerra de la Independencia en España (1808-1814)*, Barcelona, Nablá Ediciones, 2007, pp. 153-183; la ayuda financiera en 1808 (seis meses) superó los 2 millones de libras.

<sup>22</sup> Para esta explicación me baso principalmente en MILBURNE, 1809, pp. 89-90, SCHAUMANN, 1924, pp. 102-103, PORTER, 1809, pp. 255, 271-273, GORDON, 2006.

<sup>23</sup> Cuando el regimiento de Gordon llegó al “sucio y miserable pueblo” de Melgar de Abajo el 20 de diciembre muchos de sus habitantes abandonaron las casas, dejando bien cerradas puertas y ventanas, que se vieron obligados a romper los soldados para protegerse del frío. No tardaron en llegar las muestras de disgusto para con los visitantes y el encomendarse a los santos, santiguándose devotamente para enviar cuerpos y almas de los herejes al cuidado del diablo (Gordon, p. 76). “Nos miran simplemente como herejes, escribe SCHAUMANN, y en vez de ofrecernos un vaso de agua nos dicen con un gruñido ‘*Ande usted en el cor[r]al a la fuente*’”, p. 70.

<sup>24</sup> J. A. SEBASTIÁN, “La agricultura española y el legado del Antiguo Régimen...”, E. LLOPIS, (ed.), *El legado económico de Antiguo Régimen en España*, Barcelona, Crítica, 2004, p. 163.

Schaumann en Astorga, “¡Ustedes se están retirando y aún esperan que les demos provisiones ¡Mañana llegarán los franceses y deberemos arañar cualquier cosa para ellos a no ser que queramos ser ahorcados” (p. 102). Parece comprensible que la ofensiva triunfante de Napoleón frente a la retirada británica propiciara como poco la ambigüedad de tanta gente por estas tierras...

El campesinado de las aldeas gallegas, maragatas o del Bierzo iba a poner en práctica la estrategia de “tierra quemada” que tanto influiría en la derrota de Masséna en Portugal en 1811; entonces Wellington, con la retirada forzosa del campesinado, haría imposible que los franceses pudieran vivir sobre el terreno, que la guerra alimentara la guerra. Esto es lo que les tocó sufrir a los ingleses en el terrible invierno de 1808, sobre todo cuando enfilaron el camino de Galicia. Una de las páginas de más triste ironía es la dedicada por Porter a “los valientes gallegos, estos formidables patriotas” que no sólo abandonaron sus casas para no acogerlos sino que previamente se llevaron cualquier cosa, incluidos los animales, que pudiera ser útil a los ingleses. Desde la cima de las montañas divisaban la retirada británica pero pese a su conocimiento del terreno ningún esfuerzo hicieron por entorpecer la marcha de los franceses (Porter, 1809: 272).

“Por estas hondonadas, según avanzaba nuestro ejército, se veían partidas de reclutas gallegos que marchaban a unirse a las cuadrillas de patriotas”, apunta Bradford en la lámina de las cercanías de Villafranca. Cabe especular con que la edición de este libro en 1809 no pudo eludir el debate político británico que cuestionaba la ayuda a las Juntas españolas por el desastre de la retirada de Moore; en tal sentido la observación de Bradford sería una forma peculiar de exponer la realidad que seguramente ayudaría a mantener la opción por los patriotas españoles. Hoy está demostrado para el caso gallego, y seguramente para otros lugares, que poca identificación podía haber con la movilización patriótica que seguía propugnando el respeto a los privilegios del clero y de la nobleza<sup>25</sup>. Los campesinos se escondieron primero de los ingleses y cuando podían desvalijaban a los rezagados:

*Estos engréidos patriotas –o más bien patriotas de boquilla– no sólo no nos dieron ayuda, sino que se aprestaron a poner en buen recaudo todo el ganado y alimentos, vaciaron y cerraron sus casas, y para colmo asesinaron y desvalijaron a nuestros propios hombres que caían a un lado y otro de la calzada (Schaumann, 1924: 128).*

Cuando se instaló la ocupación francesa y tuvieron que sufrir de forma continuada el maltrato y las exacciones de soldados que el mismo Ney calificó de “bandidos regimentados”, los campesinos indiferentes hasta entonces cambiaron de actitud: el mejor estímulo para cambiar la pasividad o la reticencia por la resistencia fueron las acciones de los franceses mismos<sup>26</sup>.

Si dejamos el lado español y nos fijamos en el de los aliados, puede afirmarse que se tomaron decisiones que hicieron imposible, a partir del 24 de diciembre, la convivencia de españoles y británicos, separados por algo más que por la religión o el idioma. Los riesgos de la táctica militar de Moore de “tierra quemada”, de destruir los almacenes de víveres de Benavente, Astorga y Villafranca, provocaron respuestas que tenían un doble efecto negativo. Por una parte, obligaban a los soldados a sobrevivir con pocos suministros, y a depender por tanto de un entorno rural cada vez más hostil; así se iba autoalimentando la violencia contra los campesinos como contra los artesanos o comerciantes<sup>27</sup>. Por otra parte, el hecho mismo de la destrucción de comestibles, abandono de pertrechos, la muerte violenta de los caballos agotados... propiciaba psicológicamente actitudes de escaso respeto por los bienes de los demás. Este tipo de razones debe completarse con las apreciaciones negativas vertidas contra Moore (indecisiones, falta de confianza...) y con lo que suponen una retirada o una huida en desbandada, menos estimulante para mantener la disciplina que la tensión que exige la entrada en batalla. O las consabidas razones que pudieran alegarse sobre el componente humano del reclutamiento británico, por ejemplo.

Durante las tres semanas transcurridas desde la retirada de Sahagún a La Coruña se desarrolla una de las etapas en la que se sufrieron con más intensidad los desastres de la guerra sin apenas guerra; la principal batalla en La Coruña no tuvo lugar hasta el 16 de enero, el mismo día en que entraban los franceses en Salamanca. Se podría decir que todos los actores salieron perdiendo, tanto los campesinos españoles como los soldados británicos que

<sup>25</sup> Por el contrario, varios vecinos que se alojaban en la casa de Zamora donde se hospedaba Neale dieron saltos de alegría al conocer la abolición de la Inquisición y la supresión parcial de las órdenes monásticas, dictadas por Bonaparte; carta de 17 de diciembre de 1808, p. 257. Este mismo autor, en carta del 23 de diciembre de 1808 desde Sahagún, contrapone el convento benedictino, un edificio bueno, con frailes orondos (“as fat as Hampshire hogs”) frente al resto de habitantes “flacos, pálidos diablos, temblando de frío y muriéndose de hambre”, p. 270.

<sup>26</sup> “Para el campesinado gallego el objeto de la lucha fue nada más para salvarse a sí mismo, a su familia y a su pueblo de la rapacidad enemiga”, Ch. ESDAILE, “Rebeldía, reticencia y resistencia: el caso gallego de 1808”. *Trienio*, 35, 2000, pp. 57-80. El relato de las “calamidades indecibles” provocadas por los franceses en Galicia en *Memorias del cura liberal* ... pp. 118-119. El patriotismo mal podía arraigar sin igualdad de sacrificio ante la guerra, Fraser, *La maldita guerra*... pp. 300-301, 417-419.

<sup>27</sup> “En el camino a La Coruña incendiamos una aldea porque la gente no nos quiso vender nada”. *The Adventures of Sergeant Benjamin Miller*, pp. 33-4; “Me avergüenzo de nuestros hombres; les culparía también. Mas ¿cómo hacerlo cuando pienso en su terrible situación, fatigados y empapados, temblorosos, muriendo de frío? Sin posibilidad de hallar combustible, ni siquiera paja sobre la que yacer”, Thomas POCKE, *Journal of a Soldier of the Seventy-First*... (1819) citado en *Cronistas y viajeros por el norte de Zamora (siglo IX-mediados del siglo XIX)*, ed. de J. Ignacio Martín Benito, p. 205.



llegaron hambrientos a La Coruña, con disentería y casi descalzos; particular énfasis cabe hacer sobre el sufrimiento y mortalidad de las mujeres y niños que iban con el ejército británico. Se estima en dos mil las bajas que el ejército de Moore sufrió desde Astorga hasta Lugo, la mayor parte desde que salió de Villafranca el 4 de enero. La referencia de Bradford a toda esta masacre fue tan escueta que sólo en la lámina del puerto de Manzanal (1.230 metros), poco antes de llegar a Bembibre, alude a “la dureza de la naturaleza [que] era superada con creces por el terrible espectáculo del sufrimiento humano”, imagen que cuesta identificar con una acción violenta como las que he descrito. Las tres últimas láminas dedicadas a Villafranca, donde se produjo el gran saqueo y el penoso ascenso al puerto de Piedrafita, con un clima extremadamente hostil, parecen propias de una guía actual de viaje. Estamos ante la gran elipsis en el relato social de un viajero.

#### DIARIOS Y MEMORIAS CITADOS

- R. BLAKENEY, *A Boy in the Peninsular War*, Naval & Military Press, 2007 (1ª ed. 1899).
- A. GORDON, *Hussar in Winter - A British Cavalry Officer in the Retreat to Corunna in the Peninsular Campaign of the Napoleonic Wars*, Leonaur, 2006, 1ª ed. 1913.
- J. MILBURNE, *A narrative of circumstances attending the retreat of the British Army under the command of the late Lieut. Gen. Sir John Moore (...)*, London, T. Egerton, Military Library, 1809, 2ª ed.
- J. C. MOORE, *Relato de la Campaña del Ejército Británico en España al mando de su Excelencia Sir John Moore*, Edición y estudio a cargo de A. Urgorri, Publicaciones de la Excma Diputación Provincial de La Coruña, 1987, (1ª ed. 1809).
- B. MILLER, *The Adventures of Serjeant Benjamin Miller whilst Serving in the 4th Battalion of the Royal Regiment of Artillery: 1796 to 1815*. Dallington, Naval & Military Press, 1999.
- A. NEALE, *Letters from Portugal and Spain: comprising an account of the operations of the armies under their excellencies Sir Arthur Wellesley and John Moore (...)*, London, Printed for Richard Phillips, 1809.
- J. W. ORMSBY, *An account of the operations of the British Army and of the state and sentiments of the people of Portugal and Spain: during the campaigns of the years 1808 & 1809(...)*, London, James Carpenter, 1809.
- R. PORTER, *Letters from Portugal and Spain written during March of the British troops during the march of the British Troops under Sir John Moore*, London, 1809.
- A. F. L. SCHAUMANN, *On the Road with Wellington. Diary of a War Commissary*, London, Greenhill Books. 1999 (1ª ed. 1924).
- Recuerdos de este fusilero. Benjamín Harris*. Introducción y epílogo de Ian Roberson, Barcelona, Reino de Redonda, 2008. (1ª ed. 1848).
- Charles Richard Vaughan: Viaje por España*. Ed. de Manuel Rodríguez Alonso. Universidad Autónoma de Madrid, 1987.
- J. ZAONERO, *Libro de noticias de Salamanca que empieza a rejir en 1796 [hasta 1812]*, Salamanca, Librería Cervantes, 1998, introd. y ed. crítica de R. Robledo.